

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA

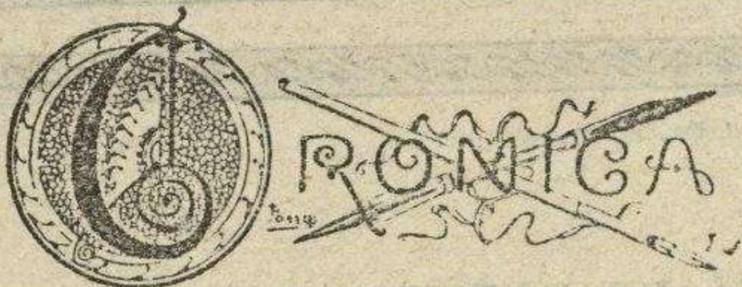


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Don José María Pereda ha ejercido este año de mantenedor de los Juegos Florales. (Y bueno: falta hace que los mantengan, dicho sea entre paréntesis.)

Don José, que es español y tiene un excelente criterio, echó un discurso en el que preconizaba la patria chica sin perjuicio de la patria grande, del mismo modo que se puede ensalzar la mano que escribe sin perjuicio de la cabeza que dirige.

Aplaudiéronle los separatistas, y mucho más le hemos de aplaudir nosotros, los españoles.

¿No hemos de hacer coro á las sanas doctrinas del señor Pereda, castellano viejo por todos sus cuatro costados, desde la lengua que maneja hasta la figura que exhibe?

Sí, queridísimo don José, nosotros estamos conformes con todo cuanto usted dijo en los Juegos Florales, y no hay español que no sienta como usted.

La patria empieza en la casa donde nacemos, sigue en el barrio donde corrieron nuestros juegos infantiles, continúa en la aldea ó en la ciudad donde sentimos las primeras impresiones de adulto, prosigue en la provincia, se desarrolla en la región y se hace grande, inconmensurable en la nación misma, cuya historia es nuestra historia, y cuyas grandezas y desastres son nuestros propios desastres y grandezas.

Como se va del punto á la circunferencia, así se va de la patria chica á la patria grande.

Por eso nosotros ap'audimos á nuestro ilustre paisano, que con la elocuencia del genio y de la sencillez, ha sabido hacerse aplaudir por todos los hombres de buena voluntad.

Somos regionalistas á la manera de Pereda, nunca, jamás, á la manera de ciertos don Opas que, con tal de ver á España hundida, no tendrían escrúpulo en ser cola de león de la nación vecina.

Un periódico de una población de esta provincia, decía á propósito del ilustre escritor á que hacemos referencia en el *entre filet* ó apartado anterior:

«Ha llegado á esta villa el celebrado autor de *Sutileza* y de *El sabor de la Tía Ruca*»

No sabemos cuál será el sabor de esa tía; pero debe saber á demonios.

¿No valdría la pena que los gaceteros se hicieran cargo, ó se asesorasen de alguien antes de escribir una simple noticia?

¡Por que miren ustedes que confundir la *tierruca* con la *tía Ruca*!...

Yo ya no creo en nada; ni en la paz de los sepulcros, que decía Espronceda.

En Valdepeñas ha vacado una escuela.

Lo natural era, dado el modo que tienen los Ayun-

tamientos zulús de tratar al profesorado, que no se encontrase un maestro de primera enseñanza capaz de solicitarla.

Pues no, señor; setenta y dos maestros han solicitado morir de hambre yendo á desempeñar esa plaza.

¡Setenta y dos!

Yo creo que lo han hecho, si es cierta la noticia, por el vino, que debe ir barato en Valdepeñas.

Si esos maestros son sombras y desde el otro mundo pretenden ir á enseñar á los chicuelos de ese pueblo, lo comprendo. Pero si son de carne y hueso, no lo concibo.

No, no deben quedar setenta y dos maestros vivos en España. Los gatos tienen siete vidas, pero los pobres dómínes no gozan más que de una sola.

Para mí esos setenta y dos ciudadanos son *perispiritus*, ó seres apócrifos, ó falsificados.

Si nos quedasen setenta y dos maestros ¿estaría tan at- asada la instrucción pública?

¡Os lusos! ¡Qué ricos son!

Ahora se han incautado de una vía férrea dentro del territorio español.

¿Por qué? Porque los portugueses son así, muy tremendones y cómicos.

Ahora nos han tomado una vía férrea hasta que digamos que la dejen.

Y la dejarán.

Mientras tanto nos tienen declarada una especie de guerra chica.

Una galleguina se fué á Valença de Tuy á comprar 25 sanguijuelas para aplicárselas en las partes blandas á un paciente.

Al volver á España, un aduanero portugués que vió aquellos 25 mónstruos embotellados, se asustó, naturalmente, y luego fué á mirar la tarifa á ver lo que debían pagar.

Las tarifas portuguesas para las sanguijuelas son algo más subidas que las españolas. Aquí tenemos sanguijuelas á las cuales, en vez de cobrar, solemos pagar con esplendidez.

En Portugal, el bicho es el que paga.

Las 25 sanguijuelas, según ó *terror das tarifas portuguesas*, debían pagar 15.125 reis (unos 16 duros).

La gallega que oyó tamaño desatino, se santiguó y dijo:

—¡Ay, Marusiña de mi alma, diez y seis duros! Ya se las puede usted aplicar al trasero del Rey de Portugal. Ahí las tiene usted, y gócelas.

Y se fué dejando en manos del empleado la botella con las sanguijuelas.

Es fama que al otro día el aduanero se las comió en salpicón.

¡Los moros! ¡los portugueses!... ¡Ya solo falta que nos tomen el pelo los del Valle de Andorra con el viejo pastor á la cabeza!

El surtidor de la plaza de Cataluña es un establecimiento balneario.

Hace algun tiempo un francés se dió por la noche

en él un baño, y hasta que vinieron los laceros y le echaron el lazo, no le pudieron hacer salir.

El otro día un trapero apostó con otro cofrade á que se remojaba el saco de los pecados en el surtidor, y así lo hizo, ganando la apuesta que consistía en una peseta.

En vista de que se repiten estos casos, el Ayuntamiento debiera poner allí una caseta de baños y explotar en favor de la ciudad ese nuevo negocio.

Yo tomaría un abono.

No para bañarme, por aquello de que «de cuarenta para arriba...» sino para pasar un rato distraído.

Allí podrían venir á bañarse todas las señoras del Ensanche, porque se ahorrarían un viaje á la Barceloneta.

Con eso conseguiríamos generalizar los baños una cosa tan higiénica!

Porque mientras se bañasen las señoras, los hombres no dejaríamos también de bañarnos... en agua de rosas.

¿He dicho algo?

ELIDAN.

LA HUELGA DE PUPILOS

Alocución, proclama, ó lo que sea,
de un estudiante, mártir de su idea:

«Vosotros ¡oh estudiantes!
que en vuestro hogar tranquilos
pasáis los tiernos años
de vuestra juventud,
y luego, aquí en la corte,
en casas de pupilos,
perdéis á un mismo tiempo
el curso y la salud.

Oid la voz sincera
de vuestro compañero,
pupilo, cual vosotros,
que come poco y mal.
Y pues se acerca, amigos,
de Mayo el día primero,
debemos declararnos
en huelga general.

Y ya que los obreros,
—¡bellísimas personas!—
de todos sus patronos
se quejan con razón;
nosotros, estudiantes,
de todas las patronas
renegaremos juntos
en manifestación.

¡La vida es imposible!
Los huéspedes estamos
bajo el odioso yugo
de la patrona vil.
Comiendo mal y poco
las fuerzas enervamos,
y así jamás se forma
un pueblo varón!

En huelga formidable,
con actitud severa,
pidamos al Gobierno
amparo y protección.
Y allá con las patronas
se arregle como quiera.
Nosotros presentamos
bien clara la cuestión.

Que la cuestión es clara
cualquiera lo comprende.
Comiendo porquerías
no hay modo de estudiar.
Mas si el Gobierno acaso
la réplica no atiende,
¡no desmayéis! ¡Al Nuncio
podremos reclamar!

No al pago nos negamos;
pues todos pagaremos
por nuestro pupilaje
lo mismo que hasta aquí
¡Y qué! ¿Por tres pesetas
acaso no debemos
comer como es come
en Fernos ó en Lhardy?

¿Quién sufre ese ladrillo
llamado chocolate?
¿Quién sufre esas chuletas
de filtro ó de cartón,
y el misterioso pisto
sin huevo, ni tomate,
ni asomo, por lo tanto,
de carne ó de jamón?

¡No más albondiguillas!
¡No más calabacines
rellenos... de recuerdos
amargos del ayer!
¡No más esos garbanzos
lo mismo que balines
que aun yendo en el cocido
se quedan sin cocer!

¡Abajo las acelgas!
¡Abajo las judías!
¡Que muera el bacalao,
gritemos á una voz!
¡Y abajo esas a'mejas
de cascaras vacías
que sirven solamente
de estorbo entre el arroz!

¡Atrás esas legumbres
que embotan los sentidos!
¡Que coma esa menestra
quien sea menestral!
Estómago y cerebro
deben marchar unidos,
y al no nutrirse el uno,
funciona el otro mal.

La unión hará la fuerza!
¡Que nuestra furia estalle!
¡Tengamos energía!
¡Tengamos decisión!
¡Y en imponente huelga
salgamos á la calle
llevando á una patrona
á modo de pendón!..

VITAL AZA

DE UNA NOVELA INÉDITA

Es curiosa tu aventura—dijo Carlos.—Ya seguirás contándomela, cuando hayamos almorzado.

—Sí, lo primero es el estómago—contestó Luis.
Y ambos descendieron del coche y entraron en

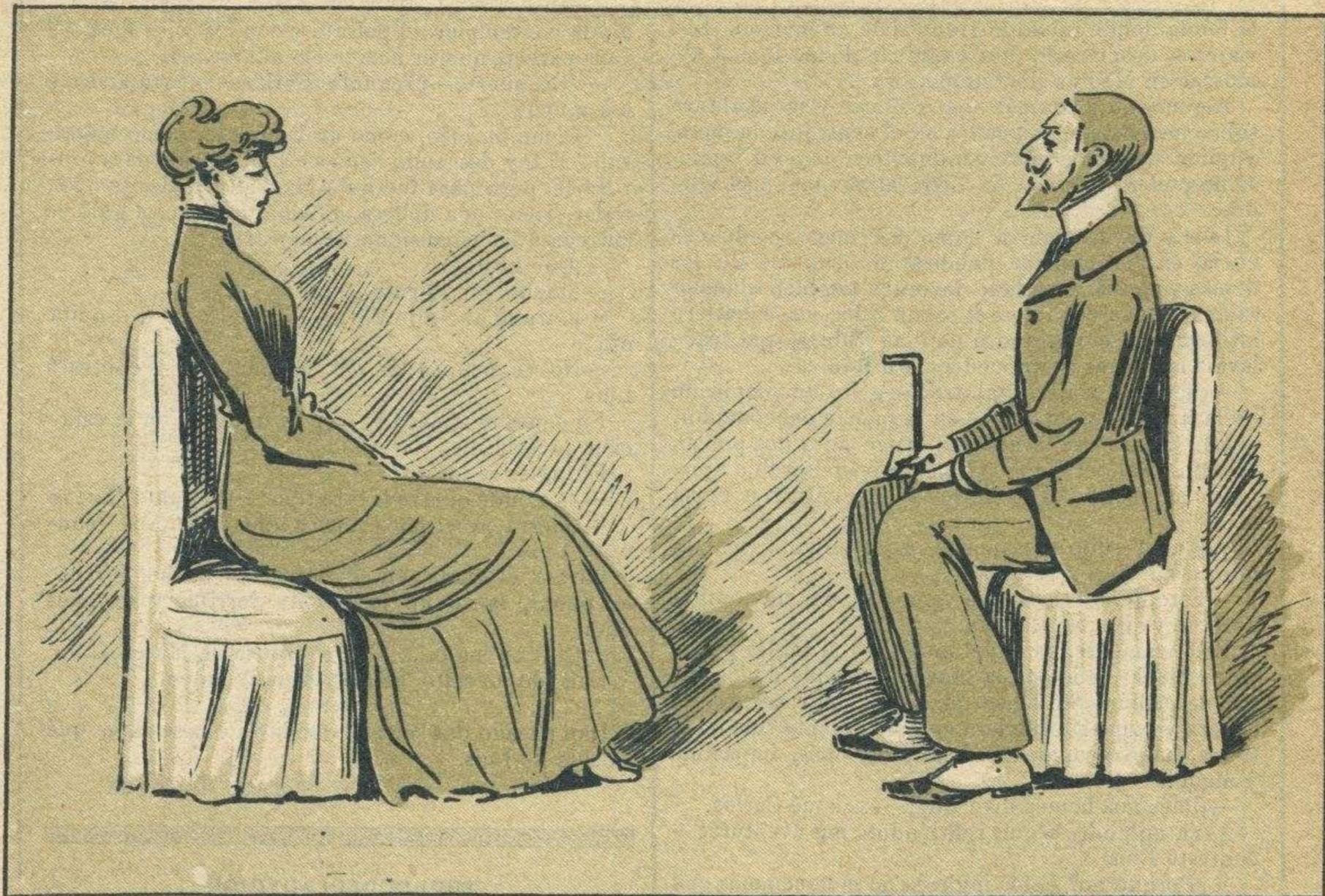
Á LA SALIDA DE LA IGLESIA



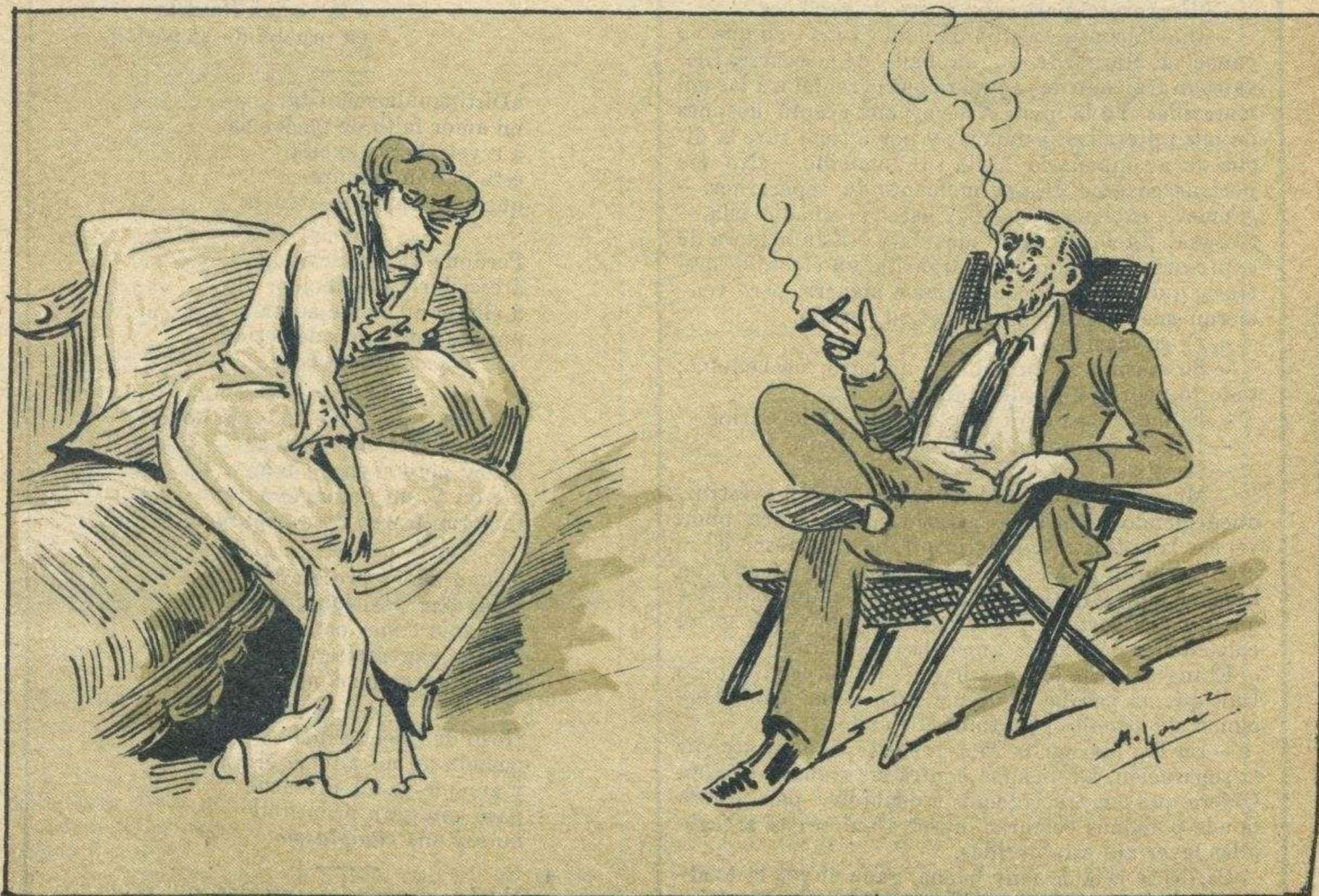
Ella sale de rogar
por todos los pecadores
á quienes hace pecar.

LA SAETA

CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA



La primera visita.



La última.

la fonda donde reinaba grandísima animación. Los viajeros, después de diez horas de dieta, iban á almorzar en Medina del Campo.

Alguno no hizo más que sentarse y se abalanzó sobre los postres, colocados en el centro de la mesa, y quien arremetía contra la manteca como si temiese no poder disfrutar de otros alimentos más sólidos.

Luis y Carlos comían como dos maestros de escuela, sin pronunciar palabra ni ocuparse de los demás viajeros. A su lado devoraba también silenciosamente cuantos manjares salían á luz, un caballero alto, grueso, con grandes patillas rubias, que revelaba á las claras su procedencia británica.

—¡Señores viajeros, al tren!—gritó un empleado de la línea, presentándose en la puerta del comedor.

Los viajeros se levantaron como movidos por un resorte. Sólo el inglés permaneció inalterable apurando su taza de café. Carlos y Luis entraron en su coche.

—¡Calla!—dijo el primero—Aquí hay una mala que no nos pertenece.

—Esto quiere decir que vamos á tener un compañero de viaje... Sí; ahí está.

Efectivamente, en aquel momento el inglés penetraba en el coche con la gravedad propia de los hijos de Albión. Sin hacer el menor movimiento de cabeza y como si estuviera completamente solo en la tierra, fué á ocupar uno de los rincones, impassible y mudo.

—¡Pues nos hemos divertido!—exclamó Carlos.

—Ya no podré seguir refiriéndote mis aventuras—contestó Luis.

—¿Porqué no? Estos ingleses no conocen más que su idioma. Puedes hablar con toda confianza.

—¡Y qué feo és!

—¡Horroroso! parece un perro de perdices.

—Quedábamos—siguió diciendo Luis—en que yo conocí á Margarita en un baile de máscaras. Llevaba un trajecito de jardinería que la sentaba á las mil maravillas. Yo la invité á cenar; ella aceptó después de mis reiteradas instancias y por último tuve la dicha de acompañarla hasta su domicilio.—«No me pertenezco—me dijo al momento de separarnos.—¿Cómo?—exclamé yo.—Soy casada—añadió ella.—¡Casada! ¡Cielos!... ¿Qué más dá?»—Esta manera de expresarme produjo en Margarita un efecto desastroso; quiso despedirme de mala manera, pero vencieron mis ruegos y me otorgó su perdón.

—¿Y su marido?

—Su marido es un imbécil, un ogro, un beduino; todo lo peor que puedes figurarte.

—El inglés nos mira atentamente—dijo Carlos.

—Déjale que nos mire—contestó Luis.

—Continúa.

—Margarita había dado su mano á aquel avestruz, obedeciendo las órdenes paternales, pero nunca pudo vencer la antipatía que le inspiraba su esposo. El se cree amado. ¡Infeliz! ¿Cómo ha de ser amado un hombre que suda tinta china y come el queso de Roquefort con corteza y todo? ¿Un hombre que gasta calzoncillos de franela amarilla y usa tirantes?

El inglés abría los ojos hasta lo inverosímil; pero Luis que no paraba la atención en estas manifestaciones de asombro, continuó diciendo:

—En fin, Margarita está resuelta á todo; á pedir la separación, á rebelarse contra las trabas sociales. Quiere que nos traslademos á cualquier país ignoto donde podamos celebrar nuestra unión con arreglo á las leyes allí establecidas.

Carlos se reía de muy buena gana al ver la exaltación de su amigo; el inglés entre tanto había de-

do de contemplar el paisaje y con los ojos fijos en Luis parecía querer comérselo allí mismo.

—¿De suerte—preguntó Carlos—qué tú amas á esa mujer?

—Como un loco, como un insensato, como un salvaje. El toy descando conocer á su marido para provocarle; pero pasa fuera de Madrid grandes temporadas. Tiene una dehesa en Alba de Tormes y allí se entrega á las expansiones campestres.

—¡Qué bruto!

—Mucho, muy bruto.

—¡Caramba!—dijo Carlos—el inglés no nos quita ojo.

—No te ocupes de ese mamarracho—contestó Luis.

En aquel momento el tren se detenía en la estación de Ávila.

El inglés se levantó.

—¿A dónde querrá ir este tipo?—preguntó Carlos.

—Querrá pacer por estos campos frondosos—contestó Luis.

Paróse el inglés en el centro del coche, levantó los puños, lanzó un juramento terrible y después dijo:

—¡No soy inglés!... ¡Soy el esposo de Margarita!... Luis, de un salto, se plantó en el andén.

Han pasado dos meses y todavía no se sabe qué ha sido de Luis.

LUIS TABOADA.

MISIVA DECLARACIÓN

que dirige un boticario
á la vecina Rosario
en prueba de su pasión.

«Distinguida señorita:
mi amor falto de paciencia
á revelarles me excita
esta pasión infinita
que acibara mi existencia.

Perdone V. si atrevido
á escribirle me decido;
á ello el amor me acosa
porque estoy más derretido
que la *pomada de rosa*.

Y al fin, ¿qué tiene de extraño
que nos amemos, vecina?
Nada; pero si en mi daño
me dá V. un desengaño
tomo un frasco de *estrignina*.

Tengo buena profesión
y regular posición,
mi genio como usted sabe
es sin exageración
tan dulce como *el jarabe*.

Gozo de buena salud
cuando no me aqueja el asma,
y aunque ya mi juventud
pasó con gran prontitud
no soy una *cataplasma*.

Muchas desgracias sufridas

mataron mi buen humor;
¡V. será con su amor
de mis profundas heridas
bálsamo *consolador!*

—
¿No es mejor, en puridad,
si es que V. estado toma,
un hombre ya de mi edad
que uno de esa sociedad
que se llama de la *goma?*

—
¿Dónde puede ser hallado
otro partido mejor?...
Tengo bastante vigor...
y estoy muy bien conservado
sin usar el *alcanfor.*

—
Su belleza angelical
me ha impresionado enseguida
de modo tan especial
que hoy, este amor celestial
es la *esencia* de mi vida.

—
En esta pasión, la huella
sigo de pocas personas;
la juzgo á V. en mi querella
la *bella-donna* más bella
de todas las *belladonas.*

—
De personas maldicientes
no haga V. caso, vecina,
porque algunos de mis clientes
dicen que soy (¡insolentes!)
tan malo como la *quina.*

—
Pero V. en tales cosas
no fijará su atención,
y si en frases amorosas
corresponde á mi pasión
¡me baño en *agua de rosas!*

—
Y aquí doy por terminado
este asunto peregrino,
¡no diga V., bien amado,
que parezco más pesado
que el *aceite de ricino!*

—
Conteste sin dilación
á esta misiva inexperta.

.....
Sabe que en toda ocasión
está mi *botica* abierta
siempre á su disposición»

HOMOBONO

Por la copia, DANIEL FLORENTINO

UN MÁRTIR

Nos hallábamos paseando tres ó cuatro amigos
fuera de la población y un pobre nos tendió la ma-
no.

Su traje raído, su cara que revelaba sufrimiento y
su mirada dulce predisponían á darle limosna.

Además, las palabras con que nos la pidió nos con-
movió á todos:

—¡Una limosna para un pobre maestro de escuela!

Dímose la según la medida de nuestro bolsillo cada

uno, y le suplicamos que nos dijese cómo había po-
dido llegar á tan reducido extremo.

—Yo, señores, nos dijo, soy hijo de un hombre
bastante acomodado que se arruinó en obras de fi-
lantropía. Educó á sus hijos nada más que con un
objeto: el de ser útiles á sus semejantes. A mí me
hizo maestro. ¡Más hubiera valido que me hubiese
hecho verdugo!

Estudié con afición por complacer al bueno de
mi padre, y además, es preciso que lo diga también,
sentía vocación por mi carrera. ¡Eso de dirigir jó-
venes inteligencias, sujetarlas á la nuestra, me pa-
recía una misión sublime!

Me examiné y obtuve excelentes notas. Al poco
tiempo vacó la escuela de Cortadillo dotada con mil
pesetas; la solicité y la obtuve.

Poco era, pero mis necesidades eran pocas tam-
bién y pensé que con este sueldo podría pasar.

Debo decirles á ustedes que mi padre había muer-
to, mis hermanos estaban en América y yo me ha-
llaba como quien dice solo en el mundo.

Fuí á Cortadillo hace cosa de quince años...

—¿Y qué edad tiene usted?

—Treinta y cinco años.

—Pues si parece usted tener cincuenta.

—Las desgracias y contratiempos. Pero déjenme
ustedes proseguir. Llegué al pueblo con el alma lle-
na de ilusiones, que se me fueron desvaneciendo po-
co á poco.

La escuela era un edificio medio arruinado por
donde el agua y el viento entraban sin la menor cor-
tapisa.

El material estaba en pésimo estado.

Fuí á ver al alcalde, uno de esos aldeanos listos y
socarrones, y le expuse el estado del inmueble.

—*Aspérese* usted un poco, señor maestro, que ma-
ñana mismo le vamos á traer de la capital todo lo
que le falta, hasta *maquinas meunáticas clusive.* Des-
de luego ví que se estaba burlando de mí aquel ho-
tentote y resolví pasar como pudiera.

Cuarenta eran los chiquillos que tenía que domes-
ticar y me puse á ello con verdadero entusiasmo.

Mi predecesor, que había muerto de una chispa
que no tenía nada de eléctrica, les había dejado en
la más santa de las ignorancias. Solamente seis sa-
bían leer y los demás no sabían absolutamente
nada.

Quise enderezar aquellos arbustos que tan torci-
dos crecían ¡No sabía, infeliz de mí, á lo que me
comprometía!

Aquellos pequeños cafres se me sublevaron un día
al grito de «¡Muera el maestro!» me tiraron todos
los libros á la cabeza. Bien es verdad que para lo
que los necesitaban....

Me indigné y repartí bofetadas á diestro y sinies-
tro, tocándole una al hijo del alcalde que le dejó
atontado.

¡Qué hube hecho!

Hubo sesión municipal y me llamaron para amo-
nestarme. El alcalde me puso como trapo viejo y
hasta me llamó *Caligola.*

Como quiera que con mucha vivacidad contesta-
se yo á sus groserías, levantó su bastón de autoridad
y me pegó un palo.

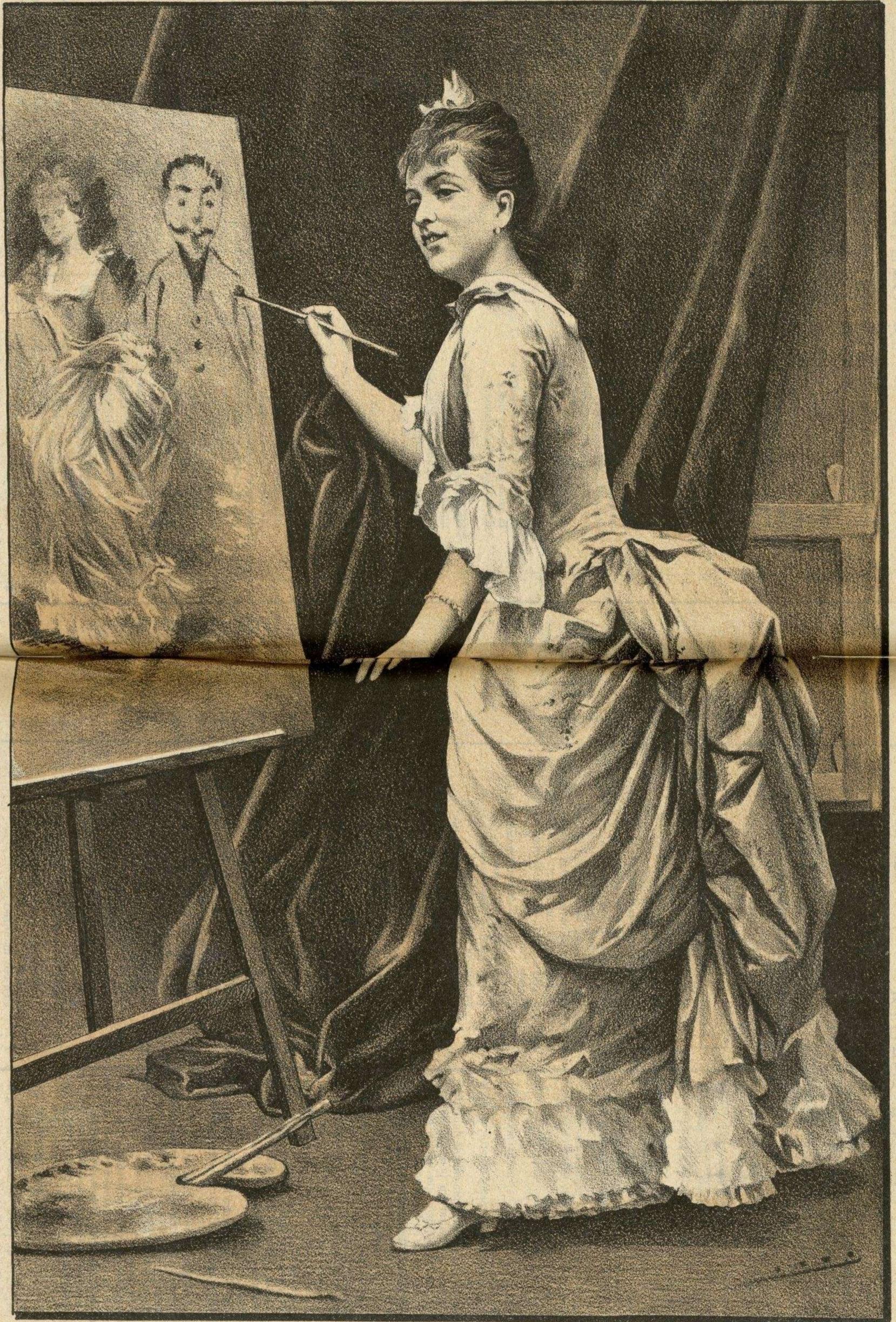
Después llamó al alguacil y me metió en la cárcel,
donde me tuvo hasta que le pedí perdón.

Salí con ánimo de abandonar el pueblo de Corta-
dillo; ¿pero dónde iba yo sin dinero?

Tuve que volver otra vez al presidio de la escuela.

Los cortadillanos que vieron á su maestro volver
vencido y humillado me recibieron con una rechifla

GALERIA ARTÍSTICA



EN AUSENCIA DEL PINTOR
Cuadro de R. de Madrazo.

general.

La soporté con la paciencia de un santo y proseguí en mi empeño de desbistar á aquellas naturalezas agrestes.

A fuerza de bondad y paciencia conseguí que me obedeciesen un poco; pero me hacían toda clase de picardías.

Una vez me pusieron una aguja en la silla y me clavé más de la mitad en la parte más blanda de mi individuo.

Dí un grito y un salto de acróbata. Los chicos contestaron con una carcajada.

Hago caso omiso de las cincuenta mil perrerías que conmigo hicieron, que son tortas y pan pintado con lo que vino después.

El alcalde, que me profesaba un odio mortal, dió en la gracia de no pagarme mi sueldo mensual bajo pretexto de necesidades más perentorias.

Tras esto vinieron las deudas, qué fueron tantas y tantas, que convertí á Cortadillo en un peñón de Gibraltar.

Pero los meses pasaban y las pagas no venían.

Siempre que hablaba al alcalde sobre el particular me decía con sorna:

—Aspérese usted á recibirlo too junto. ¡Y qué contentón se va usted á poner!

Los acreedores concluyeron por no fiarme ni dos cuartos de pan.

Fuí vendiendo todas mis ropas y objetos, y pude ir tirando.

Un día no tuve qué comer y me caía de debilidad. Entonces se me ocurrió quitar un pedacito de pan de cada merienda de los chicos, que yo les guardaba al entrar por la tarde en la escuela.

El procedimiento fué excelente y viví durante tres semanas de cuarenta mordizcos que daba á diario en otros tantos zoquetes de pan.

Pero los chicos lo notaron, me acecharon y me cogieron infraganti.

Cuando en el pueblo se supo, hubo un escándalo.

Á todo esto los acreedores no me dejaban vivir ni sosegar. Yo se los endosaba al alcalde y el alcalde me los volvía á endosar.

Tanta miseria me exasperó y para desahogarme volví á pegar á los chiquillos. La madre de uno de ellos vino á reclamar y la dí tantas bofetadas que la dejé sin sentido.

Esto amotinó el pueblo contra mí, y en una reunión que hubo en la plaza se acordó por unanimidad arrastrarme.

Un vecino caritativo vino á avisarme.

Yo hice un lío con la poca ropa que me quedaba y me lancé fuera.

Pero las masas venían sobre mí con un ademán que me puso los pelos de punta.

El terror me dió alas y salí corriendo como alma que lleva el diablo. Varios animales emprendieron mi persecución y me dispararon sus escopetas.

De este modo salí de Cortadillo: á tiros.

Por fin pude alejarme; pero ¿qué hacer? ¿á dónde ir?

El hambre me hizo tender la mano al primero que pasó.

Perdí la vergüenza de pedir limosna y me degradé.

Desde entonces arrastro esta vida de miseria, y cuando paso por un pueblo evito las escuelas de niños por temor á que me suceda algún fracaso.

Y aquí tienen ustedes un hombre que creyó haber nacido para hacer bien á la humanidad, pero que gracias á los pueblos cafres y á los alcaldes ignoran-

tes y traviesos, se ve reducido á lo que ustedes ven.

Acabó de hablar el pobre hombre, escurrimos nuestros bolsillos para poder darle algo más y se marchó echándonos miradas de agradecimiento.

DANIEL ORTIZ.

CHULAPFRÍAS

EN S. ISIDRO

I

—¡Olé! viva la sandunga
y viva ese cuerpecito,
y vivan esos andares,
y vivan esos ojitos,
que me están volviendo loco,
y que me tien derretío
y que me van á abrasar..

—Oiga usted, don.. fulanito,
no se estralimite usted
y tenga usted entendío,
que no se peina esa moza
pa ningún sietemesino.
—¿Pero á usted quién le ha dao vela
pa este entierro?

—No es preciso
que me la den: me la tomo
porque puedo y porque sirvo
pa tenerla ¿se ha enterao?
—Hombre... me falta un poquito;
si usted fuera tan amable
que se viniese conmigo
pa explicármelo.

—Al momento;
precisamente he venío
con las primeras ganitas
de hacerle á alguno un cariño
en el semblante.

—¡Demontre;
pus me pasa á mí lo mismo!
—¡Ve usted qué casualidaz!
—Lo que tié usted es mucho pico
de sobra y hay que cortársele
pa que esté usted más bonito
¡porque cuidao que usted es feo!
—Adios, señor de Cupido
—¿No dirá usted eso por mí?
—¡Lo di é por el vecino!
—Entonces está usted herrao
porque toa mi vida he sío
pintor.

—Si; pintor de monas
—No señor; pintor de micos
como usted.... se irá enterando;
pero también hago chirlos....
En fin, basta de conversa
y véngase usted conmigo.

.....

II

—Pero vamos á ver, Lucas,
¿qué es lo que te ha sucedido
con ese mándria?

—Pus que
encomenzó á hacerla guiños
á la Inés y á echarla flores
delante de mis hocicos
como si yo no fuá nadie;
yo que aunque soy mu pacífico
tengo mi alma en mi almarío,

como todos, y me enrito
cuando no se hacen las cosas
como Dios manda, he tenido
que enseñarle unas lecciones
de leyes de catecismo
respeto de la prudencia,
—¿Lo has santiguado?

—Al principio
tenia esas intenciones,
pero luego he comprendió
que era una primá,

—¿Por qué?
—Porque nunca ha estao bien visto
ni decente, que en un día
como el día San Isidro,
por un quitame esas pajas
se vea un hombre perdido
pa toa su vida. Además,
como que el chavó en cuantito
que le solté cuatro frescas
se puso tan encendió...
de rabia, yo, la verdá,
por evitar dije, digo:
vamos á echar unas tintas...
y quedemos tan amigos
después de empinar seis copas
que yo pagué.

—¡Vaya un primo!
—¡A hombre enfadao!....
—Si; comprendo,
¡págale copas de vino!

VALENTIN MOURO.

REVELACIÓN

Juanito se estaba quedando lo mismo que un espárrago.

En vano se habían ensayado los depurativos, zarzaparrillas y toda clase de aceites de hígado de bacalao con y sin hipofosfitos; Juan enflaquecía visiblemente y sus ojos iban hundiéndose poco á poco.

Se iba por el cuello de la camisa, como decían las mujeres del pueblo.

Frente á la casa de Juan, vivía una señora viuda de un industrial, que había trabajado en cueros toda su vida, la cual señora tenía una hija, llamada Rafaela, bastante bella, que era tal vez la causa de que Juan fuese convirtiéndose lentamente en fideo.

Juanito amaba á Rafaela con un amor intenso, volcánico, pero el pobre muchacho era tan tímido que no se había atrevido á declarar su pasión á su linda vecina.

D.^a Ramona, tía de Juan, había visto á su sobrino en mas de una ocasión, mirando con insistencia las ventanas de casa de Rafaelita, despues observaba que Juan se retiraba á su habitación, permanecía en ella un buen rato, y luego salía más pálido y más ojoroso.

—Si este muchacho no habla á Rafaela—pensaba la tía—me temo una catástrofe.

Y así pasaban dias y dias, Rafaelita de cada idem mas adorable, Juanito más consumido y D.^a Ramona lamentándose de la cortedad de su sobrino.

Un dia, con el pretexto de enseñar unos objetos que le habían traído de Madrid, D.^a Ramona y la mamá de Rafaela pasaron al salon, dejando en el comedor á los dos jóvenes.

Juan, se puso encarnado y bajó la vista, maldiciendo interiormente su genio y su cobardía.

—¡Si me declarase ahora!—pensaba—pero luego

murmuraba entre dientes—no, no me atrevo.

—¿Qué tienes, Juan?— le dijo Rafaela sonriendo y mirándole con aquellos ojazos que tanto mal le hacían.

—Nada—repuso el joven con voz entrecortada.

—No es verdad eso—prosiguió la joven—á ti te sucede algo, tu no estás bueno; tú estás enamorado, se te conoce en la cara.

—Soy un imbecil—decía Juan para sí—en vista de que no la digo nada, va á declararse ella.

—¿Porqué callas, no soy tu amiga, casi tu hermana, no nos conocemos desde pequeños? ¿Dime, amas?

—Sí, balluceó Juan.

—Me alegro de que no tengas secretos para mí, yo voy tambien á abrirte mi corazón; yo tambien amo. Juan se sintió desfallecer de gozo.

—Mira—continuó Rafaela.—Si me das palabra de decirme quién es tu amada, te diré el nombre de mi novio.

—Sí, sí.

—Pues mira, mi novio, ó el que quiero que lo sea es un muchacho guapo, moreno...

El corazón de Juan latía con violencia.

—¿Sabes quién es? ¿No? Pues es...

Juanito ni respiraba siquiera.

—Es... el hijo del veterinario...

¡Pobre Juan! Acababa de recibir un golpe mortal. Perdió el conocimiento, un espumajo de sangre asomó á sus labios y como Rafaela le preguntase, sin darse cuenta del estado del joven:

—¿Me dices tú de quién estas enamorado?

El pobre Juan so'lo pudo murmurar con voz casi imperceptible:

—De... mi tía.

JULIAN PEREZ CARRASCO

QUISICOSAS

—¡Vamos que me la comía!
dijo el vizconde del Pego,
fijando en Lola Saravía
sus ojazos de mochuelo.

Miré á la hermosa Lolita
y al ver que llevaba puesto
un traje *verde rabioso*,
exclamé al punto ¡Lo creo!

—Chico, tiene tal manía
por cantar Inés Morquecho,
que todo el bendito día
está dando el *dó* de pecho.

—Pues, amigo mío, yo
á muchos hombres oí,
que lo que dá no es el *dó*...

—Pues qué dá entonces?

—¡El *sí*!

¿Quién hizo el mundo?—decía
un párroco á unos gandules.

—Mi padre lo hizo en un día—
respondió Pepito Nules.

El chico razón tenía
pues su padre hace baules.

Don Homobono y Don Roque
que son hombres muy obesos
se dieron la gran carrera
por llegar al tren correo.
Esto sucedió en canícula

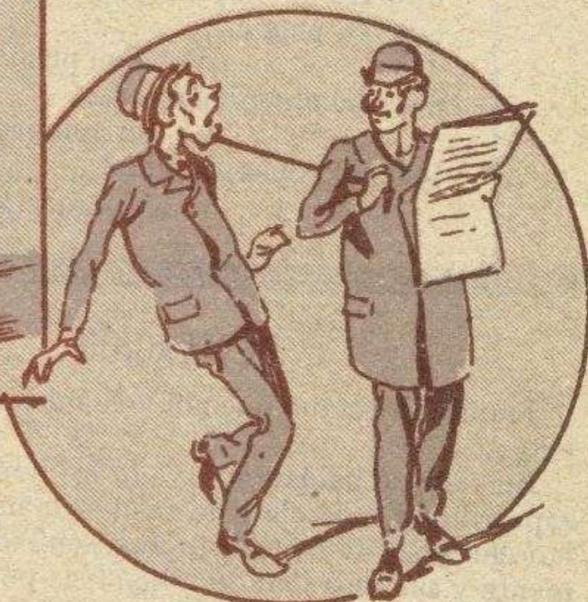
CUMPLIMIENTOS



—En el número 30 de esta calle tiene usted su casa.
—Y usted en el número 100.



—¡Siempre tan guapa, doña Tecla!
—¡Y usted hecho un pollo, don Melitón!



—¡Usted dispense!
—¡No hay de qué!

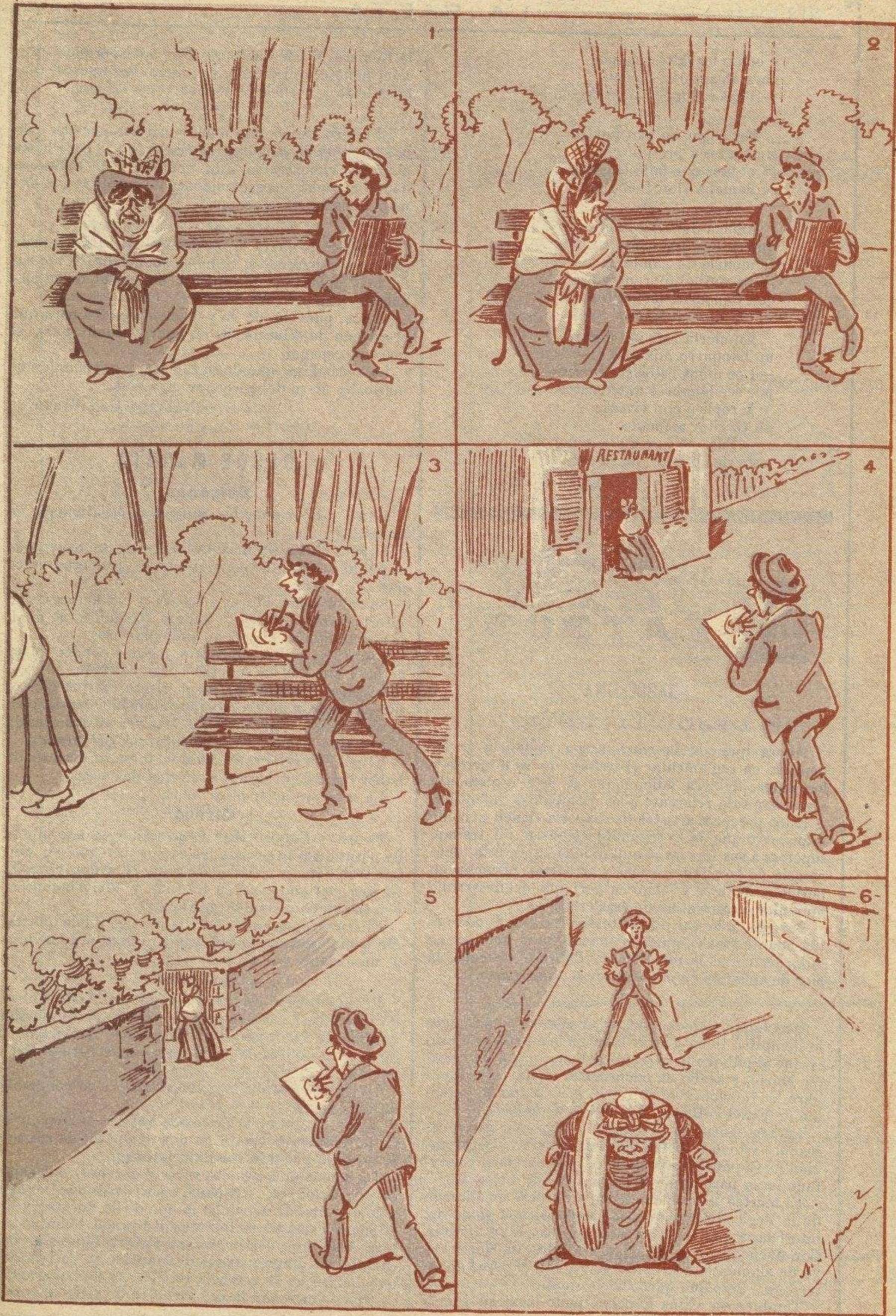


—Si va usted por mi casa, me verá muy honrada.
—Eso no; el honrado será yo.



—¿Y éste es su niño de usted? ¡¡Hermosísimo!!

COPIANDO DEL NATURAL



y como les faltó tiempo
para alcanzarle, decían:
—¡Pues señor, estamos frescos!

—
Por robar un pan fue Gil
siete años á presidio...
¡Y el juez que falló la causa
se llamaba Don Benigno!

—
Afirma doña Leonor
que su hija Salomé
es modelo de candor...
¡Y es verdad, porque yo sé
que *Candor* es un pintor!

—
En cierta reunión decía
un banquero millonario:
—Los niños listos concluyen
por ser hombres mentecatos.
Y replicó con viveza
un escritor afamado:
—Pues no hay duda, señor mío;
justé de niño fué un sabio!

L. G. PASCUAL.



BARCELONA

DESDE EL PÁTIO

Ahora que con la *marimorena* socialista se ha pensado en reglamentar el trabajo de las mujeres y los niños, debiera adicionarse á este reglamento algún capítulo referente á las Compañías infantiles.

Estos precoces artistas (la mayoría tienen más de lo primero que de lo segundo) ejecutan un trabajo superior á sus fuerzas, resultando siempre esta deficiencia de facultades físicas y artísticas, primero en perjuicio del arte y luego en perjuicio del desarrollo muscular é intelectual de esas criaturas.

Por eso no he asistido al teatro Romea, donde actúa una de esas compañías en miniatura; pero sí he oído decir que, la niña Perez Cabrero cosecha la *mar* de aplausos en cuantas obras toma parte.

Que Julián Romea es un actor cómico como pocos lo demostró tiempo atrás la larga campaña que hizo (y que al público le pareció cortísima) con el *maestro* Mario, y acabó de confirmarlo el día que inauguró las funciones en el Tivoli, con la bonita comedia de Eusebio Blasco *Los dulces de la boda*.

La Sra. Gorriz, otra artista de las que van escaseando, estuvo también felicísima en la interpretación de su papel; Sofia Romero muy barbiana y acertada en la parodia de *Carmen*, titulada *Carmela*.

El martes se puso en escena el sainete de Ricardo de la Vega «Bonitas están las leyes ó la viuda del interfecto» que valió muchos aplausos á los artistas. Con decir que, con semejante viudita (la Gorriz) sé yo de alguien que se conformaría con el *papel de interfecto*... creo que queda dicho todo.

También en «Niña Pancha» pudo lucir su gracia

la Romero, y á fé que para ello no desperdició ocasión; lucióse, sobre todo, cantando los nuevos *couplets* letra y música de Romea.

El teatro Lírico, que debía abrir sus puertas con la compañía de la Tubau el día 15, no lo hará hasta el 25 por encontrarse esta compañía en Zaragoza dando algunas representaciones de las obras que forman su escogido repertorio.

Tampoco la nueva ópera del maestro Bretón pudo cantarse el miércoles, como se anunciaba. Si no sufre más aplazamientos podré ocuparme de su ejecución en la próxima revista.

Cierro, pues la de hoy haciendo votos para que el estreno de «Garín» sea un nuevo triunfo para el maestro español.

La verdad es que de su talento, y conocimientos musicales no se debe esperar otra cosa.

NARCISO GAY VIETA.

DESDE MADRID

Estrenos

LARA.—*El rey de los animales*, pasatiempo en un acto.

Es una obrita sin más pretensiones que hacer reír al público, cosa que logró desde las primeras escenas.

Su autor señor Flores y García y los actores que interpretaron *El rey*... fueron llamados, al final, por el auditorio, el cual aplaudió de veras.

PRINCESA.—*Los cotorrones*, juguete cómico en un acto, original de los señores Cocat y Criado.

Escenas cómicas de buen efecto; pocos chistes pero buenos, y un diálogo muy animado, constituyen el *nido de los cotorrones*, que esta vez no son aves de pluma sinó de pelo, es decir, *avantos sietemesinos*.

El público salió satisfecho del juguete, después de haber llamado á los autores repetidas veces.

La interpretación muy buena.

Circos

PARISH y COLÓN: Muy concurridos; siendo objeto de entusiastas ovaciones las compañías que en ambos trabajan, y particularmente el señor Caicedo (*el rey del alambre*) en PARISH, y Mr. Thompson, con sus cinco elefantes, en COLÓN.

El señor Thompson, que ha conseguido lo que nadie había conseguido hasta hoy, presentará en breve un elefante que toca el piano.

Noticias

PRINCESA: La compañía que dirige María Tubau de Palencia, ha salido para Zaragoza, desde donde después de dar á conocer *Thermidor*, *Tormento*, y otras varias obras del repertorio—marchará á Barcelona.

Deseamos á la distinguida actriz y á su compañía un feliz viage.

ZARZUELA: Con muy escaso público ha inaugurado la temporada veraniega una compañía de zarzuela dirigida por don Rosendo Dalmau.

Lo hemos dicho varias veces y no nos cansamos de repetirlo: «En España, por desgracia, no hay más que una de zarzuela: la que dirige Berges, y de la cual forman parte la Soler di Franco, Soler, etcétera. Las otras compañías, no pueden figurar en los carteles de ningún teatro de Madrid; y entiéndase que hablamos de zarzuela seria... no de la barata.

¿Qué ocurre con la presentación de estas medio-

compañías? Que depravan el gusto del público, haciéndole abandonar el repertorio de Arrieta, Barbieri y otros, para dedicarse al género cómico-flamenco-bailable.

Mal ha empezado la compañía. ¿Cómo acabará?
ESLAVA.—Ha cerrado sus puertas.

TARTARIN.

MISCELANEA

Llega el médico y encuentra al enfermo Gedeón dando saltitos en camisa fuera de la cama.

—¿Qué hace usted?—le dice.

—Me he olvidado de agitar la medicina antes de tomarla, como usted me indicó, y lo hago ahora.

Petición

Sin cariño permanente, aunque es mística devota, religiosa y penitente, todos los días Carlota se echa un novio diferente.

Siendo tanta su osadía que en la oración que le envía á Dios, divino maestro, le pide, en vez de « el pan nuestro », « el novio de cada día ».

ENRIQUE CARRERA.

Una jamona á un pollo:

—Es ni hija tan buena, tan buena que si se la pidiese la luna sería capaz...

—¿De enseñarla?

—Señor diputado, usted me había prometido un estanco.

—Sí; pero le traigo á usted un paquete de cigarrillos de diez céntimos. Esto es más seguro.

Los insolventes

(Un caso)

—Muy buenos.

—¡Hola, doncella!

—Me ha dicho mi señorita que no se acuerde usted de ella tantas veces.

—¡Carambita!

—Pues claro; y no es eso solo; sino que hoy el llamador le ha deshecho el acerolo de su chico.

—¡Qué valor!

—¡Sí! le debe usted aplaudir la gracia que ha hecho el tal mico!
—Pues no ha hecho más que cumplir nuestras órdenes el chico. Diga, pues, á esa... mujer que pague inmediatamente ó se le vuelve á romper otro llamador.

—Corriente.

Así se lo haré constar aunque preveo un perjuicio.

—¿Cuál?

—El de que va á pagar el día final del juicio.

—Bueno; usted le hace presente esas palabras á ella.

—¡Corriente, señor, corriente!

—Vaya usted con Dios, doncella.

JUAN PALOMEQUE.

En un establecimiento de baños.

Dice un caballero á otro:

—Mire usted; he venido á estas aguas para enflaquecer. Ya he perdido diez kilos ¿Y usted?

—Yo he perdido cuatro mil duros á la ruleta.

IRENE ALBA

Vino con su hermana Leocadia al *Eldorado* y todos creyeron que sería una imposición de la popular artista. En su trabajo cotidiano ha demostrado Irene Alba que sabe lo que se pesca, como vulgarmente se dice. Tiene gracejo y travesura, y en más de cuatro obras ha sido la que se ha llevado la palma entre los artistas del teatro citado. Aquí sí que puede decirse aquello de: yo aplaudo, tú aplaudes, él aplaude, todos aplaudimos.



L. R.—Momento y cierto no son consonantes.

Alias R' o Tinto.—No sirve.

J. L. Rajadell.—¿Dice usted que su composición no es complicada? Ni rima ni ortografía. ¡Le parece á usted poco!

Modesto Valencia.—Es una reminiscencia de lo anterior y algo más subido.

H. S. E.—Repito y reflauta que no es cosa mía. El cuento se puede escribir en ocho versos.

A. M. Madrid.—No las inserto porque carecen de las reglas más elementales.

R. F.—Las parodias de esos versos están ya pasadas de moda, porque he hecho millares de ellas.

S. O. Madrid.—Irán dos.

L. G. P. Linares.—Inserto sus *quisi-cosas* con el mayor gusto.

Teodorito Madrid.—Lo haré como usted desea.

D. F.—Lo publicaré.

D. P. Madrid.—No sirven los dibujos.

E. C. Oviedo.—Aunque no todo, irá la mayor parte. Gracias por lo otro.

Cucufate Madrid.—Irá.

F. P. A.—Con harto dolor mío no puedo insertárselo. Usted figúrese que si á t dos los colegas de usted se les ocurriera escribirme sobre el mismo asunto, llenaría el semanario.

S. P. y N. de D.—Lo mismo les digo á ustedes.

A. L. A.—Irán.

¿Le envío la firma?—Bueno, aunque no corre muy espontáneo el trabajillo.

F. S. y S. Santapola.—No sirve.

¿Sirve eso?—No.

El Asturiano.—Dice poco.

Imp. Tallers, 51 y 53.

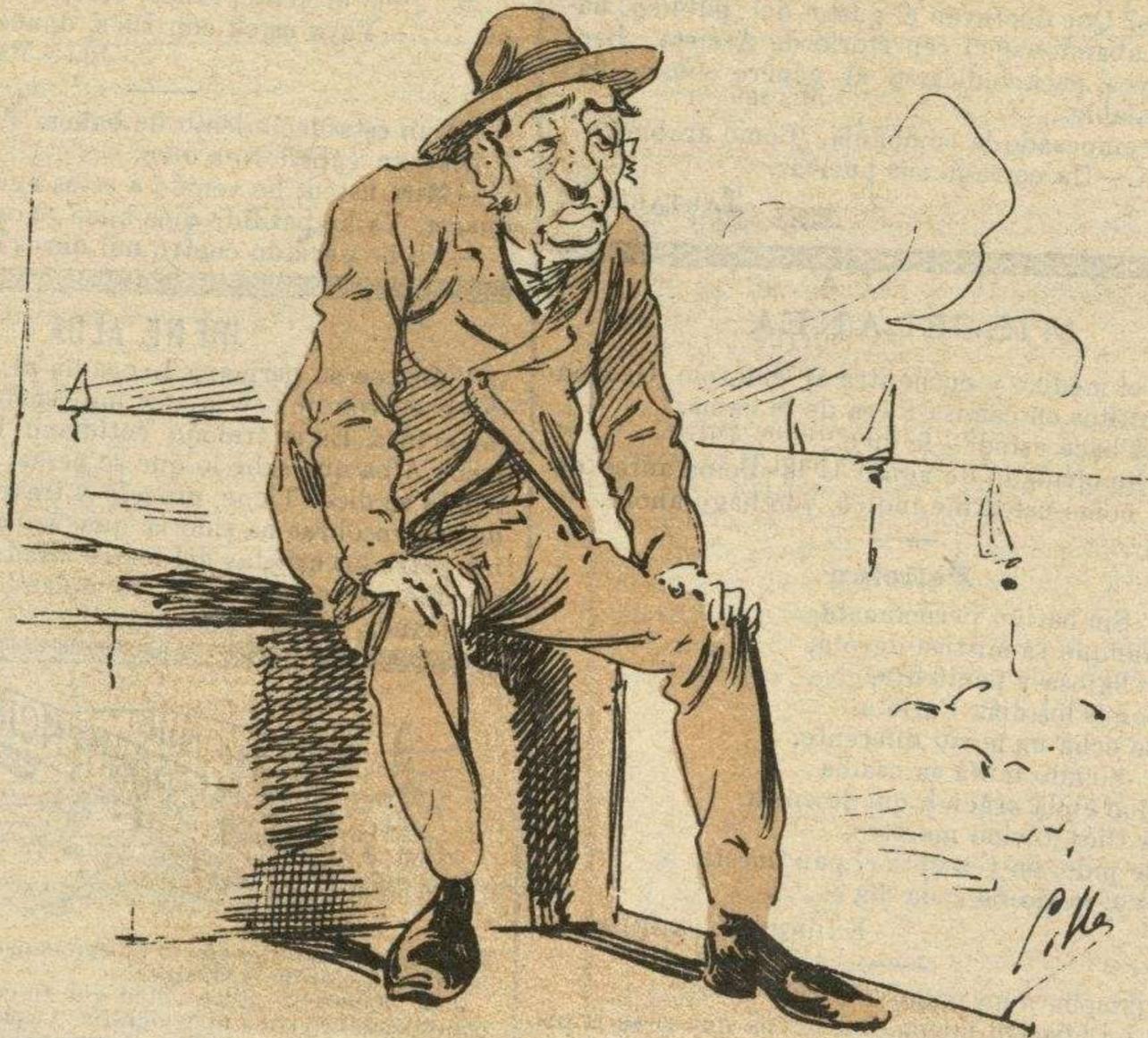
CORRESPONSAL EN BARCELONA

para la venta de los periódicos de la Corte
La Correspondencia, El Liberal, El Globo,
El Pais y El Correo

Don Pedro Motilba, Rambla del Centro
Kiosco núm. 5.

En dicho kiosco se proporcionarán números atrasados de los periódicos antes citados al que lo desee.

UNO DEL INTERIOR



— ¡Y esto es la mar! Pues no es tan grande como decían. ¡Si se acaba allí enfrente!... Voy á pedir que me devuelyan el dinero.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.— Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.— Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 céntos. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo